

“Un epistolario que puede ser considerado como elemento de historia”. Amistades personales, sociabilidades intelectuales y proyectos editoriales a través de las cartas del archivo de David Peña (1862-1930)

María Gabriela Micheletti*

Resumen

Las cartas, espacio privilegiado de expresión personal, se constituyen en este artículo, a la vez, en objeto de estudio y en la fuente principal desde la cual se aborda, a través de un enfoque historiográfico, la figura del historiador David Peña (1862-1930). El objetivo consiste en procurar entablar conexiones entre los discursos públicos de un autor y los textos de carácter privado conservados en su epistolario, determinar los temas y motivos que articulan a éste, y contribuir a la reconstrucción de la sociabilidad intelectual argentina de fines del siglo XIX y principios del siglo XX.

Palabras clave: Epistolario - Escritura de la historia - Sociabilidad - Historiadores

Abstract

The letters, privileged space of personal expression, are constituted in this article, at the same time, in the object of study and in the main source for studying, through a historiographic approach, the figure of the historian David Peña (1862-1930). The objective is to try to establish connections between the public speeches of an author and the private texts preserved in his epistolary, to determine the themes and motives that articulate this one, and to contribute to the reconstruction of the Argentine intellectual sociability of ends of nineteenth and early twentieth century.

Key words: Epistolary - History writing - Sociability - Historians

Recepción del original: 01/04/2017

Aceptación del original: 19/07/2017

* Instituto de Historia (IH), Universidad Católica Argentina (UCA), Instituto de Estudios Históricos, Económicos, Sociales e Internacionales (IDEHESI), Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).
E-mail: gabimiche@yahoo.com.ar

No hay por ahora en nuestro ambiente literario, ni creo que lo hubiera en otros tiempos, un hombre que reuniera las bellas cualidades de David Peña. Y sin embargo, por mala suerte, o porque le faltó habilidad o por cualquier otro motivo que trataré luego de encontrar, no llegó a ser lo que debió ser; no llegó a ocupar las altas posiciones a que sus diversos talentos le destinaban.
Manuel Gálvez, *Recuerdos de la vida literaria*, 1946.

Introducción

Entre otras "escrituras del yo" -como las memorias, los diarios, las autobiografías-, las cartas se constituyen en un espacio privilegiado de expresión personal, a través del cual emergen dimensiones como la vida privada, la cotidianeidad, la intimidad, los afectos y las relaciones interpersonales. Discurso dependiente de las representaciones colectivas de la época y lugar de tensiones particulares entre el individuo y lo social, el texto epistolar es difícil de definir y teorizar. Con múltiples formas y usos, fue a partir de la segunda mitad del siglo XVIII cuando se afianzó su relación con lo autobiográfico y lo íntimo. Por ello, además de ser consideradas fuentes valiosas que nutren con ricos materiales a la indagación histórica, las cartas -y su conjunto, el epistolario- pueden constituirse como un objeto de estudio en sí mismo.¹ Esta convicción es la que parece haber alentado, en los últimos tiempos, una serie de investigaciones basadas en archivos epistolares en los campos de la historia cultural y de la historia intelectual.² En el caso de los estudios de historia de la historiografía, además, parece posible establecer relaciones entre las representaciones del pasado construidas por los historiadores para la esfera pública y los textos producidos por éstos en la esfera privada, como las cartas, en las que pueden encontrarse indicios que ayuden a explicar a aquéllas.

Es desde esta perspectiva que se aborda en este artículo el valioso y poco conocido archivo epistolar del historiador David Peña (1862-1930), con el objetivo de hacer de él una presentación general que permita determinar sus principales temas y motivos, así como identificar interlocutores y ritmos de intercambio.

David Peña, además de historiador, fue un escritor teatral, periodista, abogado y político que desplegó su actividad entre las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX. Nacido en Rosario, sobre el cambio del siglo se radicó definitivamente en Buenos Aires, donde ejerció la docencia universitaria, se vinculó con destacados miembros de los círculos políticos e intelectuales del país y del extranjero, y se involucró en variados emprendimientos historiográficos y culturales. Integró y fue fundador de asociaciones y publicaciones, en una época en la que la tertulia académica y la sociabilidad de elite iban dejando paso a la institucionalización del saber, a la vez que la cultura iba definiendo un espacio autónomo de la política. Vivió en ese sentido en un período de transición, en el que entró en contacto con hombres y prácticas de dos tiempos. Un período que no fue culturalmente homogéneo, y que se caracterizó por la diversidad de actores, prácticas

¹ Laura FERNÁNDEZ CORDERO, "Cartas y epistolarios. Lecturas sobre la subjetividad", *Políticas de la Memoria. Anuario de investigación e información del CeDInCI*, núm. 14, 2013/2014; Françoise SIMONET-TENANT, "Aperçu historique de l'écriture épistolaire: du social à l'intime", *Le français aujourd'hui*, vol. 4, núm. 147, 2004, pp. 35-42. DOI 10.3917/lfa.147.0035.

² Como ejemplo de este impulso puede mencionarse la publicación de dossiers ("El género epistolar como desafío" y "La correspondencia en la historia política e intelectual latinoamericana", *Políticas de la Memoria, Anuario de Investigación del CeDInCI*, núms. 14 y 15, 2013/2014 y 2014/2015); y de artículos: Paula CALDO y Sandra FERNÁNDEZ, "Por los senderos del epistolario: las huellas de la sociabilidad", *Antíteses*, vol. 2, núm. 4, julio-diciembre 2009, pp. 1011-1032; Walter CAMARGO, "Francisco Romero: cartas con intelectuales mexicanos", *Cuyo. Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, vol. 29, núm. 2, 2012, pp. 63-86. La publicación de libros como el de Horacio TARCUS, *Las cartas de una hermandad* (2009), y de epistolarios como el de Juan B. Alberdi/Gregorio Benites (2007) y el de Gabriela Mistral/Victoria Ocampo (2007) son igualmente testimonio de esta tendencia historiográfica.

y discursos. Esa rica vida cultural ha quedado reflejada en sus cartas, en tanto que el intercambio epistolar constituía por entonces la forma más habitual y extendida para comunicarse a la distancia. Por ello, bucear en su epistolario puede ayudar a conocer mejor la trayectoria personal, amistades y labor intelectual de un hombre de talento literario y de posición historiográfica controvertida que hasta el momento es conocido sólo de manera fragmentaria.³

Desde un plano metodológico, este artículo propone cruzar la información aportada por las cartas contenidas en el archivo de Peña que se conserva en la Academia Nacional de la Historia, con un variado corpus documental que incluye manuscritos del autor, obras de carácter histórico y publicaciones periódicas.

Una aproximación al epistolario de David Peña

En unas hojas de un cuaderno desarmado, con las señales del borrador que nunca llegó a conocer la imprenta, David Peña escribió de puño y letra el Prospecto con el que pensaba introducir un proyecto íntimamente acariciado: la publicación completa de sus “Obras de Historia Argentina”. Esta publicación, planeada en varios tomos, estaría encabezada por su obra más famosa, el *Juan Facundo Quiroga*, en la que vendría a ser su quinta edición. A continuación, David Peña imaginaba dos tomos dedicados a la figura, obra y defensa de su dilecto amigo Juan Bautista Alberdi. También pensaba dedicar dos tomos a recopilar su actuación a través de asociaciones, comisiones de homenaje, conferencias, etc. En el volumen séptimo de la obra, titulado “Miscelánea histórica”, Peña proyectaba incluir parte de su archivo particular, “comenzando por un epistolario que -según sus palabras- puede ser considerado como elemento de historia”, completado con impresiones personales. Es decir, que a su epistolario Peña le adjudicaba valor histórico de relevancia, debido al contacto que había mantenido a través de él con los argentinos más reconocidos de su tiempo, según lo explicaba él mismo y en tercera persona de la siguiente manera:

“David Peña, desde niño, ha estado en contacto con personalidades descolantes del país, llegando a merecer de muchas de ellas, además de su amistad, cargos de ilimitada confianza.

En su infancia recibió la protección de Avellaneda. Alberdi lo acogió, al conocerlo, con todo su afecto manteniendo correspondencia con él como abuelo y nieto. Sarmiento redactó el programa de un diario que fundara en el Rosario en 1888 (fue la última página del gran hombre). Mitre contestó su correspondencia siempre con atención y recibiólo con distinción y cortesía, en pleno conocimiento de su adhesión ilimitada por Alberdi [...]

³ El principal biógrafo de Peña ha sido Leopoldo Kanner, que ha recorrido aspectos de su vida y de su obra en: Leopoldo KANNER, *Ideas historiográficas de David Peña*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 1957; “Proceridad y niñez de David Peña”, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, vol. XXXVIII, 1965; David Peña y los orígenes del Colegio Nacional de Rosario, Rosario, Banco Provincial de Santa Fe. Casa Rosario, 1974. También han evaluado sus aportes, desde el punto de vista historiográfico: Armando BAZÁN, “La historiografía riojana. Desde Sarmiento a David Peña. El esquema ideológico de ‘civilización y barbarie’, influencia y refutación”, *Investigaciones y ensayos*, núm. 29, 1980, pp. 113-154; Emilio CORBIÈRE, “David Peña y la revisión de la historia argentina”, *Todo es Historia*, año XIII, núm. 160, septiembre 1980; Pablo BUCHBINDER, “Caudillos y caudillismo: una perspectiva historiográfica”, Noemí GOLDMAN y Ricardo SALVATORE (comps.), *Caudillismos rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema*, Buenos Aires, Eudeba, 2005; María Gabriela MICHELETTI, “Facundo Quiroga rehabilitado’. Una aproximación al contexto de producción, repercusiones y aportes historiográficos del libro de David Peña (1906)”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, núm. 42, 2015, pp. 125-153.

Accidentalmente acompañó al general Roca en su viaje de Buenos Aires al Rosario durante la Revolución de 1893 desempeñando actos de secretario en aquella ciudad. Antes lo fue del Dr. Bernardo de Irigoyen en la gira de este ciudadano por el interior del país, como candidato a la presidencia de la República y en el mismo carácter vinculóse al Dr. Don Victorino de la Plaza desde 1884, siendo aquél ministro de Hacienda de la Nación. [...]

Ha conocido entonces y ha merecido la confianza de presidentes y ministros desde sus primeros hasta sus maduros años [...]."⁴

Según entendía Peña, por su trato con diversas personalidades de la política y de las letras, el tomo de "Miscelánea histórica" ofrecería "un interés mayor que el de un libro de Memorias, pues a la vez de contener el esbozo de hombres, reflejará épocas y acaso pueda dar un nuevo matiz al cuadro de la vida contenido en sus páginas, sirviendo entonces de nuevo aporte a la historia de un determinado período de la República."⁵ Como puede apreciarse, Peña consideraba que sus cartas se encontraban al nivel de lo que aquí denominamos "escrituras del yo", "auto documentos" o "ego documentos", capaces de brindar, respecto de un momento histórico, una imagen cargada de connotaciones y rasgos autobiográficos.⁶

La constatación de la importancia atribuida por David Peña a su epistolario, así como su voluntad de difundirlo, nos enfrentan con una de las características que poseen los archivos de correspondencias personales y que remite al proceso de selección ejercido sobre ellos, que principia con el mismo propietario, y se continúa con los legatarios, que conservan o desechan las piezas epistolares según su pretendida relevancia, o según criterios aún más personales que tienen que ver con qué aspectos de la vida se espera que sean recordados u olvidados. Nos enfrentan, en definitiva, con los usos de la memoria y del olvido, propios de todo proceso de rememoración.⁷

Cuando uno se aproxima al Fondo David Peña de la Academia Nacional de la Historia,⁸ efectivamente comprueba que ha primado un criterio de construcción personal de notabilidad a través de las cartas conservadas. El hecho de que haya sido el mismo Peña el que pensó en dar a publicidad su epistolario -aunque luego no lo haya concretado- se constituye en un dato de interés, ya que permite problematizar el carácter "privado" de los textos que escriben en la intimidad los hombres públicos. Prácticamente no existe en el Fondo David Peña correspondencia de carácter familiar -lo que es una prueba de la selección efectuada-, pero sí incluye un nutrido conjunto de cartas intercambiadas con

⁴ ARCHIVO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, FONDO DAVID PEÑA (en adelante: AANH, FDP), "Prospecto. Obras de Historia Argentina del Dr. David Peña", caja 12.

⁵ Ibid.

⁶ La historia en primera persona, al revelarnos la experiencia vivida por el propio historiador, destaca el valor cognitivo de la subjetividad, "en una disciplina en la que, canónicamente, el 'yo' no está permitido". Gilda WALDMAN MITNICK, "La historia en primera persona: mirada(s) al pasado", *Política y Cultura*, Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco, núm. 41, 2014, pp. 91-109.

⁷ La memoria -entendida como "representación del pasado"- es "ejercida"; es "rememoración", es "búsqueda". El olvido puede ser percibido como un atentado, un reto, a la fiabilidad de la memoria, y se sitúa en un punto crítico planteado por la problemática de presencia, de ausencia y de distancia. Ricoeur distingue dos grandes figuras del olvido: el "olvido por destrucción de las huellas" y el "olvido de reserva". Dentro de la primera, entre las "huellas" que pueden ser destruidas -o, por el contrario, preservadas-, se ubica la huella escrita, convertida en el plano de la operación historiográfica, en huella documental. Paul RICOEUR, *La memoria, la historia, el olvido*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010, pp. 81-83, 216, 532-534 y passim.

⁸ Se trata de un nutrido fondo compuesto por veinte cajas, cinco libros, un sobre con material gráfico y diplomas. Las cajas y los libros reúnen un número aproximado de dos mil documentos, no clasificados, que comprenden correspondencia, recortes de diario y artículos periodísticos, pruebas de imprenta, borradores y manuscritos.

variados exponentes de la elite política e intelectual de entresiglos, entre la que pretendía posicionarse Peña. Allí figuran cartas de Juan B. Alberdi, Bartolomé Mitre, Victorino de la Plaza, José Figueroa Alcorta, Luis Sáenz Peña, Roque Sáenz Peña, Paul Groussac, Ricardo Rojas, José Gálvez, Francisco Bosch, Adolfo Saldías, Enrique Peña, Pedro S. Lamas, José Ingenieros, Pastor Obligado, Ernesto Quesada, Juan Balestra, Ramón Cárcano, Miguel Ángel Cárcano, Antonio Dellepiane, Estanislao Zeballos, Carlos Iburguren, Francisco Barroetaveña, Juan Stefanich, Adolfo J. Carranza, José A. Saldías, Gustavo Martínez Zuviría, Carlos Correa Luna, Juan O’Leary, Mariano de Vedia y Mitre, Manuel Carlés, Manuel Gálvez, Emilio Mitre y Lucas Ayarragaray, entre otros. Existe en el Fondo, además, un núcleo menor de cartas que consisten en copias o borradores de las enviadas por Peña. Las características generales de estas últimas -cartas de cierta extensión, en las que Peña se explaya sobre una idea-, a la vez que su reducido número, permiten pensar que Peña sólo guardó copia de las cartas escritas por él que por algún motivo consideró más relevantes.

Las cartas del Fondo se extienden por un arco cronológico que se prolonga entre 1881 y 1929, e ilustran sobre las temáticas y asuntos que resultaban de interés para sus autores. Sirven para visualizar, además, el trayecto vital de David Peña, que fue atravesando por distintas épocas culturales y etapas historiográficas. En sus años juveniles, Peña encontró como interlocutores a los proyectistas de la organización nacional, como Alberdi o Sarmiento. A medida que fue perfilando su interés por la historia, y para retomar los esquemas trazados por Fernando Devoto y Nora Pagano, puede indicarse que en las dos últimas décadas del siglo XIX y en los primeros años del XX, Peña entraría en relación con los historiadores vinculados al surgimiento y consolidación de la historiografía erudita: con Bartolomé Mitre, por supuesto, pero también con Paul Groussac, y con algún heredero más ambiguo de esta escuela, como Adolfo Saldías. En las tres primeras décadas del siglo XX, amigos y corresponsales frecuentes de Peña fueron algunos de los llamados “historiadores positivistas” o, mejor, que formaron en las filas de la “cultura científica”,⁹ en particular, José Ingenieros y Ernesto Quesada, autores de recorridos singulares y planteos historiográficos originales, difíciles de encasillar en los moldes preestablecidos, pero afines en cuanto a su actitud científico-científica acerca del conocimiento del pasado.¹⁰ También tuvo contacto Peña con historiadores que continuaron la tradición mitrista, ahora ya dentro de los parámetros de la Nueva Escuela Histórica: Ricardo Levene, Ramón Cárcano, Rómulo Carbia. No faltaron entre sus allegados, tampoco, los que se irían incorporando a un movimiento historiográfico de ribetes nacionalistas y revisionistas, como Ricardo Rojas, Manuel Gálvez, Carlos Iburguren y los paraguayos Juan E. O’Leary y Juan Stefanich.¹¹ De esta manera, siguiendo el circuito de su epistolario se puede ir perfilando la línea historiográfica del propio Peña, que aunque manteniéndose dentro de la matriz liberal mitrista llevó adelante un proceso de revisión histórica sobre ciertos procesos y

⁹ Por “cultura científica” se designa a aquel conjunto de intervenciones teóricas que reconocen el prestigio de la ciencia como dadora de legitimidad de sus propias argumentaciones. Oscar TERÁN, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la “cultura científica”*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2008, p. 9.

¹⁰ Quesada fue uno de los introductores en la Argentina de la llamada “ciencia social” o sociología, a la que reconoció un papel totalizador, y desde ella abordó los logros de la modernidad, a la vez que la posibilidad de superar sus problemas. Por su parte, Ingenieros fue el responsable de construir “el discurso positivista más difundido dentro del campo cultural argentino”. Ver: Carlos ALTAMIRANO, “Entre el naturalismo y la psicología: el comienzo de la ‘ciencia social’ en la Argentina”, Federico NEIBURG y Mariano PLOTKIN (comps.), *Intelectuales y Expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 2004; Oscar TERÁN, *Vida intelectual en el Buenos Aires...* cit., pp. 213-219 y 289.

¹¹ La más reciente historia de la historiografía argentina, de Devoto y Pagano, ha sido organizada en torno de tradiciones historiográficas. Fernando DEVOTO y Nora PAGANO, *Historia de la Historiografía argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

actores que habían sido considerados de manera negativa por esa tradición, al punto de ser considerado un precursor del revisionismo.¹²

Un mundo de libros y revistas

Bibliófilo y periodista, lector y escritor entusiasmado, David Peña fue un autor prolífero y en algún aspecto inconstante. Según escribió Manuel Gálvez en sus memorias, Peña -del que fue amigo personal- se destacaba por el don de la simpatía, por su optimismo, generosidad y desinterés, y también por un idealismo extremo que lo llevó a embarcarse en iniciativas y proyectos irrealizables. Era un "improvisador" y le faltaba el sentido de la realidad.¹³

Fundó periódicos -varios, de vida efímera-: *Revista Platense* (Buenos Aires, 1881), *Las Novedades* (Buenos Aires, 1883), *Nueva Época* (Santa Fe, 1886-1937, al que dirigió en sus primeros tiempos), *La Época* (Rosario, 1888) y *Diario Nuevo* (Buenos Aires), y revistas: *Revista Argentina* (1891) en Rosario, y *Atlántida* (1911-1914), en Buenos Aires. También fundó, a principios del siglo XX, la Librería de América, una sociedad por acciones destinada a impulsar la edición de libros. En una época en la que -al decir de Gálvez- "en Buenos Aires nadie leía, ni se vendían libros, ni había escritores", la idea pronto terminó en el fracaso.¹⁴

David Peña estaba preocupado por el pragmatismo que parecía dominar las relaciones humanas, en un momento en el que la Argentina había entrado en la vorágine del progreso proclamado por las ideas positivistas. Al anticipar en su sexto número el cierre de *Revista Argentina*, argumentó que se trataba de una época de "política febril" y de "amargas displicencias literarias en los ánimos."¹⁵ Ideas similares, pero en forma más extensa, manifestó en una carta al uruguayo Pedro S. Lamas, hijo del diplomático Andrés Lamas. Tal vez recordando el fracaso que había sufrido con la Librería de América, Peña se explayaba sobre la crisis por la que atravesaba la industria del libro:

"Si puede discutirse el agravio del director de la *Revue de deux mondes* de que la ciencia está en quiebra, es indiscutible la crisis del libro, aquí y en algunas naciones del viejo mundo. [...] El siglo que nos ha tocado vivir no necesita del libro porque la preocupación de la vida, el sentido de la existencia, la fórmula de la felicidad, no están en lo que con el espíritu reza. [...] Jesús no puede preponderar porque a su enseñanza le falta hasta los elementos del factor económico. El tiempo que se gastaba en escribir una obra, se emplea ahora en transmitir oralmente los conocimientos en conferencias públicas, que resultan más artísticas y doblemente productivas. Día vendrá en que los propios romances se cuenten de viva voz; y a mí mismo que señalo con vituperio la extenuación de la bibliografía de estos países, se me ocurre extender algunos episodios de la historia patria, no en las páginas de una obra reflexiva, sino por medio de la escena. En este andar de cosas y de hombres, en forma de corriente que se despeña, ¿quién quedará para llenar los estantes que corresponden a esta generación? Miro hacia atrás y hallo titanes de la pluma, aún en los hombres de mayor acción. Tres presidentes hemos tenido que por sí solos ocupan una biblioteca: Mitre, Sarmiento y Avellaneda."¹⁶

¹² Ibid., pp. 203-205.

¹³ Manuel GÁLVEZ, *Recuerdos de la vida literaria (1900-1910). Amigos y maestros de mi juventud*, Buenos Aires, Editorial Kraft, 1946, pp. 281-291.

¹⁴ Ibid., pp. 284 y 286-287.

¹⁵ LA DIRECCIÓN, "Variedades", *Revista Argentina*, núm. 6, noviembre de 1891.

¹⁶ AANH, FDP, c. 1, David Peña a Pedro S. Lamas, 1909.

La cita permite apreciar la circulación de la prestigiosa y ya casi centenaria revista francesa (1829) entre los intelectuales rioplatenses. También es interesante en cuanto nos muestra a un Peña que, si bien liberal y de escaso sentimiento religioso, expresaba añoranza por una época en la que los móviles espirituales primaban. A la vez, Peña aprovechaba para relacionar una situación general con dos rasgos de su propia personalidad, al referirse al dictado de conferencias y a su inclinación por el drama histórico, explotando así las posibilidades brindadas por el género epistolar. Finalmente, nos hace conocer a algunos de los escritores admirados por el autor.

Al llevar adelante sus emprendimientos editoriales juveniles, Peña buscó -según nos revelan las cartas- el apoyo y aprobación de esos hombres de letras por él admirados. Al fundar *La Época* en Rosario consiguió que Sarmiento, ya próximo a morir, en una emotiva carta a modo de despedida le redactara el programa del diario.¹⁷ Procuró también la participación de Mitre como colaborador, una invitación que éste rehusó por encontrarse ocupado escribiendo el segundo tomo de su *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*. Tres años después, al emprender la publicación de *Revista Argentina*, Peña volvió a escribir a Mitre y le remitió un ejemplar del primer número. El historiador le auspició “el éxito a que es acreedora toda iniciativa que en estos momentos de desaliento general, tienda a conservar vivo el culto de las letras la más noble manifestación de la vida intelectual de un pueblo.”¹⁸

Aparentemente, Peña fue víctima del problema que tanto Mitre como él mismo detectaban, y al que se refería en su carta a Pedro Lamas: “Hoy, ya, un volumen es un esfuerzo para cualquiera de nuestros hombres de letras, aun siendo puramente hombre de letras.”¹⁹ Las “Obras de Historia Argentina” a las que se hizo alusión más arriba, Peña no llegó a publicarlas. Tampoco, la biografía de Alberdi. Quedó igualmente sin concretar “La Historia en el teatro”, una obra con sus dramas históricos que ofreció en su calidad de ex profesor al decano Ricardo Levene para integrar la Biblioteca Humanidades de la Universidad Nacional de la Plata.²⁰ Su *Historia de las Leyes de la Nación Argentina*, un ambicioso proyecto editorial (30 volúmenes que abarcarían la legislación sancionada entre 1810 y 1916) en el que se embarcó con más audacia que cálculo de sus propias posibilidades, sucumbió luego del segundo volumen. Ernesto Quesada ya se lo había vaticinado en una carta, a través de un consejo desinteresado y franco: “La obra concebida por Ud. es grandiosa y su plan no puede ser más completo: lo único que cabe observar es que se trata de una obra de proporciones tan grandes que parecería humanamente imposible que la realice un hombre solo [...]” Quesada agregaba un argumento de orden económico, que reflejaba la realidad de los letrados que vivieron en el tránsito del siglo XIX al XX, quienes debían repartirse entre sus necesarias ocupaciones profesionales y sus inquietudes intelectuales: “¿Es Ud. un Crespo tal que no requiera dedicar su tiempo a esas ingratas tareas *pro pane lucrando*, que absorben tanto a los demás mortales?”²¹

David Peña era un hombre de escasos recursos. Él mismo se definió como “un hombre despegado de puestos públicos” y como “un hombre privado de fortuna, algo más que eso, pobre de verdad pues no tengo empleos de ninguna clase y solo vivo de lo que mi pluma produce”; una situación que se habría ido agravando con los años, al dejar la docencia y no desempeñar más su profesión de abogado.²² La crisis del libro a la que Peña aludía en

¹⁷ Años más tarde esta carta fue publicada en: Domingo F. SARMIENTO, “La imprenta en el Rosario”, *Revista de Derecho, Historia y Letras*, t. III, 1899, pp. 485-490.

¹⁸ AANH, FDP, c. 1, Bartolomé Mitre a David Peña, 3 de enero de 1888 y 4 de junio de 1891.

¹⁹ AANH, FDP, c. 1, David Peña a Pedro S. Lamas, 1909.

²⁰ AANH, FDP, c. 3, David Peña a Ricardo Levene, 4 de abril de 1927.

²¹ AANH, FDP, c. 2, Ernesto Quesada a David Peña, 31 de octubre de 1916.

²² AANH, FDP, c. 12, “Prospecto...” cit.; David Peña a Josefa [¿?] de Álvarez, de Rosario, 25 de junio, s/a.

una carta, tenía que ver también con los costos del comercio editorial. Este problema era común a otros países. A principios del siglo XX, el precio de los libros resultaba elevado en España y accesible sólo a unas minorías, y eran pocos los escritores que podían vivir gracias a su pluma. Los efectos de la guerra mundial agravaron la situación, y sumieron a la edición española en un estado de crisis.²³ Era este sin duda un inconveniente con el que también debió enfrentarse Peña en Argentina y que sirve para explicar que varios de sus proyectos quedaran trancos. No sólo Quesada dio consejos editoriales a Peña, quien también recurrió a José Ingenieros para recabar opinión sobre un libro voluminoso que pensaba publicar. Ingenieros, que cultivó con Peña una larga amistad -así lo demuestra una serie de cartas que se despliegan a lo largo de las décadas del diez y del veinte-, le explicó que "dos tomos de más de quinientas páginas no pueden editarse sin pérdida inmediata de dinero", ya que "nadie se atreve a afrontar el negocio editorial", y le recomendó abandonar la idea de una publicación económica y hacer en Coni una edición lujosa, reduciendo la tirada.²⁴

Peña mantenía una larga relación con la imprenta de Coni Hermanos, cuyo dueño originario se había iniciado en la década de 1850 al servicio de la Imprenta del Estado de Corrientes, y en 1863 se había instalado con taller independiente.²⁵ Con ella Peña publicó su mayor éxito editorial, el *Juan Facundo Quiroga*, un libro que cuestionaba y refutaba la versión sarmientina sobre el caudillo riojano. Editado por Coni en mayo de 1906, fue reeditado ese mismo año, como también en 1907 y 1909. Cuatro ediciones en sólo tres años no eran frecuentes en la historiografía de principios de siglo,²⁶ por lo que Peña parecía desafiar airoso su propio vaticinio acerca de la mala suerte que correría a corto plazo la industria del libro.

También eligió Peña a Coni al fundar *Atlántida* en 1911. Esta publicación desde fines de 1913 pasó a ser vehículo de el Ateneo Nacional, una institución patriótica fundada por iniciativa del mismo Peña en octubre de ese año; sin embargo, dejó de publicarse un año después. Fueron muchos los intelectuales a los que convocó Peña para poblar las páginas de *Atlántida*, y su correspondencia da cuenta de las invitaciones, aceptaciones y rechazos a colaborar con la revista. En *Atlántida*, Peña se propuso reunir lo más representativo que las letras del país ofrecían de perdurable, en el presente y en el pasado. En ella, tal como había ocurrido en el más efímero intento realizado por Peña en Rosario a través de *Revista Argentina*, se notaba la preferencia otorgada a la materia histórica. Colaboraron en *Atlántida*, entre otros, Ricardo Rojas, Juan Julián Lastra, José Ingenieros, Ernesto y Vicente Quesada, Manuel Gálvez, Roberto Giusti, Carlos Ibarguren, Carlos O. Bunge, Lisandro de la Torre y Alberto Gerchunoff.²⁷ El contenido de la revista estaba organizado en buena medida en base a la existencia de vínculos privados previos, como lo puso de manifiesto José Ingenieros, en carta de 1914 a su amigo Peña: "Su buen recuerdo me complace mucho y tuve ocasión de ver en *Atlántida* que la ausencia no causaba olvido."²⁸

²³ Paul AUBERT y Jean-Michel DESVOIS, "Libros y medios de comunicación de masas", Carlos SERRANO y Serge SALAÜN (eds.), *Los felices años veinte. España, crisis y modernidad*, Madrid, Marcial Pons, 2006, p. 56.

²⁴ AANH, FDP, c. 2, José Ingenieros a David Peña, 26 de marzo de 1920.

²⁵ Alejandro EUJANIAN, "La cultura: público, autores y editores", *Nueva Historia Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, t. 4, 1999.

²⁶ Para citar sólo algunos ejemplos de obras reconocidas de la época: *La ciudad indiana* (1900), de Juan Agustín García, tuvo su segunda edición en 1909; *Rosas y su tiempo*, de José María Ramos Mejía, logró dos ediciones en 1907, pero la tercera recién en 1927; *La época de Rosas* (1898), de Ernesto Quesada, no tuvo su segunda edición hasta 1923.

²⁷ Héctor René LAFLEUR, Sergio PROVENZANO y Fernando ALONSO, *Las revistas literarias argentinas (1893-1967)*, Buenos Aires, El 8vo. Loco, 2006, p. 55.

²⁸ AANH, FDP, c. 1, José Ingenieros a David Peña, 16 de septiembre de 1914.

Cabe agregar que se producía un interesante intercambio de favores intelectuales entre estos letrados de entresiglos, que dirigían e interactuaban en publicaciones y en sociedades literarias y científicas. Así, por la misma carta, Ingenieros le pedía a Peña que le enviara las publicaciones recientes del Ateneo y le prometía un trabajo para dicha asociación.²⁹ Tiempo después, era Ingenieros el que solicitaba a Peña un artículo para la *Revista de Filosofía* (1915) -de la que era director- y le sugería que podía versar sobre Alberdi, un tema que sabía muy caro a su amigo.³⁰ Su correspondencia trasluce que ambos sentían mutua admiración por sus escritos. Al aparecer en 1906 el *Juan Facundo Quiroga*, Ingenieros había escrito al autor desde París para felicitarlo, ofreciéndole confeccionar una reseña bibliográfica para alguna revista o periódico europeo.³¹ Años más tarde, era Peña el que escribía a Ingenieros para elogiarle un trabajo, lo que suscitaba la confesión íntima del sociólogo argentino, de sentirse más un hombre de pensamiento que un historiador propiamente dicho: “Como no soy historiador ni cosa parecida, me sorprende un poco que mi trabajito le haya interesado; mi objeto es simplemente averiguar cuál ha sido la evolución de las ideas en nuestro país y para eso leo a los historiadores, sin hacer historia yo mismo.”³²

Otras revistas de la época en las que publicaban estos autores eran *Nosotros*, la *Revista de la Universidad* y la *Revista de Derecho, Historia y Letras*. Este tipo de publicaciones, que en general se financiaban con recursos privados y gracias a la suscripción de particulares, habían crecido en importancia, cantidad y continuidad desde las últimas décadas del siglo XIX y servían para construir redes con intelectuales del país y del extranjero. A través de sus intercambios epistolares, los letrados de entresiglos se ponían al tanto de las últimas publicaciones propias y ajenas y de aquellos artículos que más habían llamado la propia atención o que pensaban que podrían despertar el interés del interlocutor. En 1917 Quesada escribía a Peña: “¿Ha visto en el último número de *Nosotros* mi artículo titulado “Avellaneda irónico”? Pudiera quizá servirle en algo. ¿Ha leído el último número de la *Revista de la Universidad* el trabajo de Leguizamón sobre Hidalgo? En el mismo número aparece una carta abierta mía al prof. Wecheler.”³³ Las cartas, por supuesto, también servían como medio de presentación para los libros que obsequiaban sus autores.³⁴

David Peña desempeñó asimismo un rol destacado en un importante proyecto editorial, *La Biblioteca Internacional de Obras Famosas* (Sociedad Internacional, Londres, 24 volúmenes), que pretendía ser una colección de las producciones literarias más notables del mundo de todos los tiempos. En ella intervinieron como recopiladores -al igual que Peña- una serie de personalidades del campo de las letras de diversos países, tales como Marcelino Menéndez y Pelayo y José Enrique Rodó. Esta colección comenzó a aparecer para la época del Centenario de Mayo, y para ella Peña seleccionó a 89 autores argentinos, con un total de 114 producciones.³⁵ Es a partir del tomo XVIII, que la presencia de autores argentinos se hace abundante. Entre los elegidos para integrar la primera antología universal de la que participó nuestro país, figuran muchos de aquellos escritores con los que David Peña mantenía o había mantenido contacto personal y epistolario, como Osvaldo Magnasco, Ricardo Rojas, Bartolomé Mitre, Lucas Ayarragaray, Ernesto Quesada,

²⁹ Ibid.

³⁰ AANH, FDP, c. 2, José Ingenieros a David Peña, Buenos Aires, 13 de marzo de 1918.

³¹ AANH, FDP, c. 1, José Ingenieros a David Peña, París, 1906.

³² AANH, FDP, c. 2, José Ingenieros a David Peña, Buenos Aires, 13 de marzo de 1918.

³³ AANH, FDP, c. 2, Ernesto Quesada a David Peña, Buenos Aires, 10 de agosto de 1917.

³⁴ AANH, FDP, c. 2, Ernesto Quesada a David Peña, Buenos Aires, 8 de abril de 1918 y 10 de septiembre de 1920.

³⁵ Beatriz Cecilia VALINOTI, “Una nueva Serendepia: David Peña y la *Biblioteca Internacional de Obras Famosas*”, *Actas de las XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Mendoza, 2013. Disponible en: <http://www.aacademica.org/000-010/469>.

Pastor Obligado, Adolfo Saldías, Juan B. Alberdi, Antonio Dellepiane, José Ingenieros, Domingo Sarmiento, Nicolás Avellaneda, Ramón Cárcano, Bernardo de Irigoyen, Ramón Lassaga, Roque Sáenz Peña, Mariano de Vedia y Mitre, José Figueroa Alcorta y Estanislao Zeballos. La presencia de autores como Lassaga -un escritor santafesino de relativa proyección nacional- da indicios, también en este caso, del peso ejercido por los vínculos privados en sus criterios de selección.

Temas y motivos presentes en la correspondencia

¿Qué asuntos interesaba a estos letrados comunicar o debatir a través de sus cartas?

Una de las cuestiones a destacar, es que las cartas se utilizaban para compartir puntos de vista sobre cuestiones históricas. Esto se observa en diversas cartas recibidas por Peña, como en las escritas entre 1906 y 1907 por José Ingenieros, Adolfo Saldías y Juan O'Leary, a raíz de la aparición del *Juan Facundo Quiroga*. En ellas, estos escritores adherían a una visión de la historia que venía a revisar juicios vertidos en el siglo XIX por los autores consagrados, como Mitre, Sarmiento o Vicente F. López, y, de manera privada, hacían a Peña partícipe de esa sintonía de ideas.³⁶ Si durante el siglo XIX la tradición historiográfica liberal había construido una representación del pasado argentino de marcado carácter porteñocéntrico, en la que el pasado del país quedaba iluminado por unas pocas figuras excepcionales, como Belgrano, San Martín o Rivadavia, mientras que Rosas y los caudillos provinciales resultaban denostados, desde fines de siglo comenzaron a revisarse parte de esos postulados en busca de miradas alternativas de la historia.³⁷ Ejemplo de este giro lo constituyó *Historia de Rosas y de su época* (1881, 1884 y 1887) de Adolfo Saldías. Dentro de esa misma perspectiva se ubicó el libro sobre Quiroga, lo que no pasó desapercibido para los contemporáneos. Ingenieros escribió en carta a Peña: "me he manifestado siempre partidario de la revisión del proceso histórico a Rosas, Quiroga y los federales, difamados durante medio siglo por los escritores unitarios. Con ello quiero explicarle mi positivo interés por su libro."³⁸

Un segundo punto a señalar es la utilización del género epistolar para recabar la opinión de escritores reconocidos, sobre alguna obra de reciente producción. Peña buscó y obtuvo el juicio de Adolfo Saldías sobre su libro de 1906.³⁹ A su vez, el hijo de éste, José Antonio Saldías, consultó años más tarde a Peña sobre su obra de teatro *Romance Federal* (1928), como así también lo hizo Pedro Lamas sobre *Etapas de una gran política*. En 1918 fue Ramón Cárcano quien envió a Peña un libro propio con una dedicatoria en la que confiaba en que sería "sereno y justiciero" en su lectura.⁴⁰ Estas lecturas y favores solían regirse por la ley de la reciprocidad. Dos años antes había sido Cárcano el que había leído y elogiado un trabajo de Peña: "He leído el último discurso. La exposición analítica, la profundidad del concepto, la dignidad de la forma, la atrayente armonía, todo es de David Peña, que no se cansa de pensar y de escribir bien."⁴¹

Estas solicitudes, además, nos aportan preciosos datos acerca de quiénes eran los intelectuales cuya opinión era valorada por los autores, valoración que se cimentaba

³⁶ AANH, FDP, c. 1, José Ingenieros a David Peña, París, 1906; Adolfo Saldías a David Peña, Buenos Aires, 24 de mayo de 1906; BIBLIOTECA NACIONAL DEL PARAGUAY, COLECCIÓN JUAN E. O'LEARY (en adelante: BNP, CJO), Juan O'Leary a David Peña, Asunción, enero de 1907.

³⁷ Pablo BUCHBINDER, "Caudillos y caudillismo: una perspectiva..." cit., pp. 31-43.

³⁸ AANH, FDP, c. 1, José Ingenieros a David Peña, París, 1906.

³⁹ AANH, FDP, c. 1, Adolfo Saldías a David Peña, Buenos Aires, 24 de mayo de 1906.

⁴⁰ AANH, FDP, c. 2, David Peña a Ramón Cárcano, 17 de diciembre de 1918.

⁴¹ AANH, FDP, c. 1, Ramón Cárcano a David Peña, 20 de julio de 1916.

generalmente sobre la base de similares concepciones del pasado. No resulta casual que al revisar la imagen del caudillo riojano y de su importancia en la consolidación del sistema federal argentino, Peña pensase en el historiador de Rosas y su época, como un crítico que podría comprender el sentido y los propósitos de su *Quiroga*. José A. Saldías reconoció en forma explícita estas sintonías, al evocar el ejemplo de Peña y de su propio padre, como móvil de su audacia y empeño en que “revisemos nuestra fábula histórica.”⁴² Por su parte, el historiador que ha sido considerado el iniciador y máximo exponente del revisionismo paraguayo, Juan O’Leary, desnudaba su alma en carta de 1928 a Peña: “Le adjunto dos libros míos. Sería feliz si Ud. los leyera con atención, por que tengo la seguridad de que Ud. me comprenderá y sentirá conmigo el dolor que trasuntan esas páginas.”⁴³ La convicción de O’Leary se basaba en la crítica ecuaníme que Peña había escrito poco antes sobre su libro *El Mariscal López*, que confirmaba las expresiones sobre el proceso histórico de la Guerra del Paraguay vertidas desde hacía tiempo por el rosarino en sus epístolas a sus corresponsales paraguayos.⁴⁴ El requerimiento de un juicio franco, desprovisto de consideraciones basadas en la amistad, también constituía una preocupación al solicitar la lectura. Francisco Barroetaveña requería a Peña que ésta fuese realizada “con meditación, abstrayéndose completamente de las vinculaciones con la firma; imagínelo [al trabajo] anónimo, y júzguelo con riguroso espíritu de crítica literaria [...]”⁴⁵

En tercer lugar, tal como lo ha resaltado Pablo Buchbinder,⁴⁶ en la correspondencia mantenida entre historiadores se buscaba compartir documentos o llamar la atención acerca de algún dato contenido en éstos, en una época en la que los archivos públicos escaseaban y las fuentes eran atesoradas y hechas circular de manera privada entre quienes se dedicaban a la escritura de la historia. Un intercambio entre Peña y Mitre de fines del siglo XIX sirve para testimoniar este aspecto. Peña había conseguido un documento firmado por Güemes en 1820, lo había incluido en un tomo que editó con trabajos de sus alumnos y había escrito a Mitre, obsequiándole el tomo y llamándole la atención sobre ese documento. Es evidente que no sólo obtener, sino también dar a conocer la opinión de este historiador consagrado sobre el asunto resultaba relevante para Peña, en su afán por mostrarse inserto en los círculos intelectuales del país. Aunque Mitre restó importancia histórica al documento, Peña lo mismo difundió su carta-respuesta, primero a través de la prensa, y luego en una nota al pie del *Quiroga*.⁴⁷

La posesión de documentos privados, que permitían arrojar una mayor certeza sobre cuestiones en debate, era además ponderada por los autores para defenderse ante alguna crítica. Así lo hizo Pedro Lamas, frente a algunas discrepancias enunciadas por Peña sobre su libro *Etapas*: “La partida no es igual, desde que yo me hallo en posesión de mejor acopio de datos, inéditos en buena parte. De todos modos, estas controversias son útiles,

⁴² AANH, FDP, c. 3, José A. Saldías a David Peña, 17 de abril de 1928.

⁴³ AANH, FDP, c. 3, Juan O’Leary a David Peña, Madrid, 28 de agosto de 1928.

⁴⁴ El intercambio epistolar mantenido entre David Peña, Juan O’Leary y el discípulo de éste, Juan Stefanich, y que tuvo por objeto poner en común sus similares puntos de vista sobre las figuras de Quiroga, Alberdi y Francisco Solano López, ha sido estudiado en detalle en: Liliana BREZZO y María Gabriela MICHELETTI, “Libros, cartas, lecturas. La revisión de la historia en Argentina y Paraguay a través de los intercambios epistolares entre David Peña y Juan E. O’Leary”, *História da Historiografia*, Brasil, Universidade Federal de Ouro Preto, núm. 20, abril 2016, pp. 14-30.

⁴⁵ AANH, FDP, c. 2, Francisco Barroetaveña a David Peña, 23 de diciembre de 1923.

⁴⁶ Pablo BUCHBINDER, “Vínculos privados, instituciones públicas y reglas profesionales en los orígenes de la historiografía argentina”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, Buenos Aires, 3ra. serie, núm. 13, 1996.

⁴⁷ AANH, FDP, c. 1, Bartolomé Mitre a David Peña, Buenos Aires, 6 de diciembre de 1899; David PEÑA, *Contribución al estudio de los caudillos argentinos. Juan Facundo Quiroga. Conferencias en la Facultad de Filosofía y Letras (con ampliaciones y notas)*, Buenos Aires, Coni, 1906, pp. 83-86.

pues Ud., como el que suscribe, sólo tratan de hacer la luz sobre temas primordiales de nuestra historia.” La carta de Lamas sirve para mostrar el carácter ambiguo de este tipo de correspondencia entre intelectuales, que oscilaba entre lo privado y lo público, tal como se desprende de la propuesta del uruguayo de transformar el intercambio en una polémica a través de la prensa: “¿Qué le parece que se publiquen su carta y la mía? Tal vez otros vendrían a terciar en el debate, de este y del otro lado del Plata.”⁴⁸

Según revela su epistolario, a diversos letrados acudió Peña para recabar documentos. A Juan O’Leary, procurando recuperar las cartas que Alberdi había intercambiado con el paraguayo Gregorio Benites, y que habían recalado en el archivo de aquél.⁴⁹ No las consiguió. En otros casos tuvo más suerte. En 1909, Pastor S. Obligado le anunciaba que había hallado un material requerido: “Aunque un poco deteriorado, tengo el gusto de enviar a Ud. el último libro que he encontrado, tras larga rebusca en mi poco arreglada biblioteca. Deseando puedan serle de alguna utilidad los documentos en él coleccionados, tengo el gusto de ofrecerme nuevamente de Ud. atento S.S. y amigo.”⁵⁰

También recurrió David Peña a Paul Groussac (1848-1929), para conseguir materiales. Los contactos epistolares entre ambos revelan una relación fluida, y reflejan sentimientos de mutua empatía, con comentarios que refieren a la vida personal y familiar. Se concentran entre la década de 1890 y el inicio del siglo XX, y la mayoría de las cartas escritas por Groussac llevan el membrete de la Biblioteca Nacional, en la que se desempeñó como director por más de cuarenta años. Esta posición de su amigo fue aprovechada por Peña para conseguir insumos para sus emprendimientos editoriales. En una carta de 1890, el director de la Biblioteca le informaba que el único trámite que debía seguir para obtener unas obras era dirigirse al ministro: “Su solicitud vendrá a informe mío y no necesito decirle que le será favorable.”⁵¹ Si bien para esta etapa previa a la de profesionalización hay que pensar en la provisión privada de insumos para la labor intelectual, como una de las prácticas historiográficas más habituales, esta carta refleja un caso en que esa provisión gestada en vínculos interpersonales previos se nutría gracias a materiales provenientes de una institución de carácter público. Se estaría, entonces, ante uno de los intentos de articulación entre los aparatos de investigación público y privado, cuya existencia -aún bajo los cánones de la historiografía decimonónica- también ha sido advertida por Buchbinder.

Un cuarto aspecto resulta interesante remarcar de estos contactos epistolares. En un momento historiográfico en el que casi no existían aún canales institucionales o académicos que sirvieran para controlar o acreditar la validez o seriedad de la producción histórica, este control se llevaba a cabo de manera informal a través de la crítica. Alejandro Eujanian ha destacado el rol que cumplieron en este sentido las famosas polémicas que enfrentaron a Mitre con Dalmacio Vélez Sarsfield y con Vicente F. López, en el sentido de que lo que estaba en juego en ellas era “la autoridad que el historiador reclamaba frente a las elites políticas, la sociedad y, también, con respecto a aquellos cuyo campo de estudio compartía, pero frente a los cuales intentaba afirmar su preeminencia y status.”⁵² A través de la correspondencia también es posible advertir esta mirada atenta a detectar errores e inconsistencias en la producción de colegas para ponerlos en evidencia. A veces, esta crítica permanecía en el plano privado y confidencial; otras, buscaba dársele estado público. En el epistolario de Peña han quedado algunos rastros de esta práctica. Así, en carta de Enrique Peña a David Peña de 1908, se señalaba que una cita realizada por Mitre

⁴⁸ AANH, FDP, c. 1, Pedro S. Lamas a David Peña, Buenos Aires, 9 de septiembre de 1909.

⁴⁹ BNP, CJEQ, Correspondencia Oficial y Privada. Carpeta XXXVI.

⁵⁰ AANH, FDP, c. 1, Pastor Obligado a David Peña, Buenos Aires, 20 de septiembre de 1909.

⁵¹ AANH, FDP, c. 1, Paul Groussac a David Peña, 5 de octubre de 1890.

⁵² Alejandro EUJANIAN, “El surgimiento de la crítica”, Alejandro CATTARUZZA y Alejandro EUJANIAN, *Políticas de la historia argentina, 1860-1960*, Buenos Aires, Alianza Editorial, 2003, p. 18.

era incorrecta. En otra carta, dirigida por Emilio Mitre -hijo de Bartolomé- a David Peña, se hacía referencia a algún error que este último le había detectado a Estanislao Zeballos y que había propuesto difundir, pero que el director de *La Nación* disuadía de hacerlo público.⁵³ No faltan en la correspondencia, tampoco, manifestaciones de celos entre autores, ni la pretensión de exclusividad sobre determinados temas. En una oportunidad, el profesor e historiador italiano Clemente Ricci, se quejaba ante Peña de que Ingenieros hubiese escrito sobre un tema que creía pertenecerle:

“Llámanos la atención que Ingenieros se haya ocupado de Ramos Mexía. De todas maneras el derecho de prioridad en haber sacado a luz a esa eximia personalidad me pertenece, pues mis primeros dos estudios dedicados a la misma salieron hace ya más de ocho años, y en el que estoy preparando he de darle una proyección absolutamente original y nueva. Eso no quita que tenga ahora el más vivo deseo de ver lo que escribe al respecto Ingenieros.”⁵⁴

En quinto lugar, las cartas sirven para testimoniar los gustos no especializados de estos polígrafos, que lo mismo escribían sobre historia que sobre literatura o política, y que a través de sus contactos epistolares intercambiaban poemas y críticas literarias, tanto como comentarios de carácter político o histórico. David Peña, con sus gustos repartidos entre la historia y la literatura -en especial, el género dramático- resulta difícil de encasillar en una disciplina determinada, y su epistolario se constituye en un reflejo de ambas inclinaciones. La rica correspondencia mantenida entre David Peña y Francisco Barroetaveña es una buena muestra de este tipo de intercambios históricos, literarios y de ideas, y a la vez pone de manifiesto la profunda amistad, confianza y sintonía intelectual existente entre ellos. Casi invariablemente, Barroetaveña se dirigía a su interlocutor con la fórmula “vate Peña”, para afirmar la faceta literaria de su amigo, y apelaba a la literatura como medio para brindar explicaciones, en tanto que las alusiones a los clásicos eran frecuentes.⁵⁵ El político radical sentía admiración por el estilo galano e inteligente de su amigo, y así se lo haría saber de manera extensa por carta de 1923:

“Precioso su artículo de ayer en *La Prensa*. [...] Si asombra la fidelidad de los recuerdos, edifica el estilo, la forma, los bocetos sintéticos, exactísimos y brillantes de tantos personajes imponentes, graves, pintorescos. ¿En qué género literario no descuella su estilo, siempre fino, elegante, preciso, en altas y simpáticas cumbres? Cada vez que saboreo una producción suya, me pregunto: ¿en qué bien rentada función de Estado debiera ubicarse a este vate, para que escriba sobre cosas grandes y memorables?”⁵⁶

La sensación acerca de lo desaprovechadas que permanecieron las dotes e impulsos geniales de Peña fue, como puede apreciarse a través de esta carta de Barroetaveña y también de la frase de Manuel Gálvez reproducida en el epígrafe, frecuente entre sus allegados.

⁵³ AANH, FDP, c. 1, Enrique Peña a David Peña, Buenos Aires, 23 de noviembre de 1908, y c. 12, Emilio Mitre a David Peña, 6 de agosto, s/a.

⁵⁴ AANH, FDP, c. 12, Clemente Ricci a David Peña. Clemente Ricci (1873-1946) se radicó en Argentina en 1893 y fue profesor en la Facultad de Filosofía y Letras. Publicó *Un puritano argentino*, *Francisco Ramos Mexía* (1913), *En la penumbra de la Historia. Documentación a Francisco Ramos Mexía* (1913), y *Francisco Ramos Mexía (Un heterodoxo argentino como hombre de genio y como precursor)* (1923).

⁵⁵ AANH, FDP, c. 2, Francisco Barroetaveña al “vate Peña”, 31 de agosto de 1922; Francisco Barroetaveña al “vate amigo”, s/f.; Francisco Barroetaveña a David Peña, 14 de septiembre de 1920.

⁵⁶ AANH, FDP, c. 2, Francisco Barroetaveña a David Peña, 22 de octubre de 1923.

“Cada día la red tiene más hilos”. Los círculos de la sociabilidad asociativa

“Mi querido amigo.

Me ha proporcionado un placer muy grande con sus líneas cariñosas; esta maldita fiebre de vivir demasiado nos tiene separados a los que debiéramos vivir más próximos, suprimiendo ese grato intercambio de ideas e impresiones que hace el encanto de las ciudades pequeñas. ¿Qué hacerle? Cada día la red tiene más hilos...”⁵⁷

Así iniciaba en 1918 José Ingenieros una carta dirigida a David Peña. La epístola creaba la ilusión de la presencia y del diálogo, frente a dos realidades, no necesariamente contradictorias. Por un lado, la vida agitada de los ambientes culturales porteños de entresiglos llenaba de compromisos y actividades a quienes los frecuentaban; por otro lado, éstos iban perdiendo la posibilidad del contacto personal, tranquilo y ameno, que mutaba en fugaces encuentros más o menos formales en conferencias, comisiones, asociaciones y academias y, también, por la mayor extensión de las líneas del telégrafo y del teléfono. Este último comenzaba a ser un recurso útil que reemplazaba notas o entrevistas, tal como lo daba a entender una esquila sin fecha, pero posiblemente de fines de los años veinte, dirigida por Mariano de Vedia y Mitre a Peña.⁵⁸ Un lamento similar al de Ingenieros emitía Carlos Correa Luna, al disculparse por el silencio en que había mantenido a su amigo Peña a causa de múltiples obligaciones. La añoranza de un encuentro personal palpita en su carta: “Impute el silencio al mundo enemigo, al implacable destructor de nuestros mejores propósitos [...] Tengo hambre de su charla. Pasa tanto, y tanto, que debemos comentar!”⁵⁹

Con todo, las tertulias domésticas no habían desaparecido por completo. Ernesto Quesada fue en su casa un anfitrión asiduo del círculo de intelectuales al que pertenecía David Peña: “Ya sabe que los viernes quedo siempre esperando que alguno de mis amigos me acompañe a comer o venga a charlar a la noche. Espero verlo en esas ocasiones [...]”⁶⁰ La casa de Quesada -en la que se albergaba una de las bibliotecas más grandes de Sudamérica en manos privadas-⁶¹ parece haber actuado como centro de reunión de letrados, y en ella la presencia de Peña no resultó infrecuente.⁶² Pero al mismo tiempo, estos letrados iban dando forma a instituciones de carácter cultural, que paulatinamente desplazaban a las otras formas de sociabilidad informal.⁶³

Paula Bruno ha planteado una serie de desafíos a la hora de pensar las sociabilidades y la vida cultural: “[...] su rol social, las formas de vínculos interpersonales que se entablan

⁵⁷ AANH, FDP, c. 2, José Ingenieros a David Peña, Buenos Aires, 13 de marzo de 1918.

⁵⁸ AANH, FDP, c. 12, Mariano de Vedia y Mitre a David Peña, s/f.

⁵⁹ AANH, FDP, c. 3, Carlos Correa Luna a David Peña, 15 de julio de 1926.

⁶⁰ AANH, FDP, c. 1, Ernesto Quesada a David Peña, 12 de abril de 1916.

⁶¹ Ernesto Quesada y su padre fueron notables bibliófilos y promotores de variadas iniciativas culturales vinculadas a la creación de revistas e instituciones. Ver: Pablo BUCHBINDER, *Los Quesada. Letras, ciencias y política en la Argentina, 1850-1934*, Buenos Aires, Edhasa, 2012.

⁶² AANH, FDP, c. 1, Ernesto Quesada a David Peña, 12 de abril de 1916; c. 2, Ernesto Quesada a David Peña, 10 de julio de 1917, 10 de agosto de 1917, y 8 de abril de 1918.

⁶³ La categoría “sociabilidad” ha sido valorizada como objeto histórico por Maurice Agulhon a partir de 1966, y ha evolucionado hacia una concepción cada vez más abierta, integrando a la vez los aspectos más formalizados (la vida asociativa) y los menos estructurados de la vida cotidiana. Cabe aclarar que las formas asociativas de la sociedad rioplatense, para el siglo XIX, han sido más estudiadas en relación con la vida política y con la sociedad (en particular, formas de sociabilidad de los sectores populares, de la élite y de los grupos étnicos); en cambio, el estudio de las sociabilidades de la cultura han merecido menor atención. Un aporte reciente lo constituye: Paula BRUNO (dir.), *Sociabilidades y vida cultural. Buenos Aires, 1860-1930*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2014.

en su interior, las dinámicas de la vida asociativa, las definiciones sociales de quienes se sienten ‘dentro’ de un cenáculo y marcan un ‘afuera’, el reconocimiento de autoridades y de pares, las relaciones de amistad y confianza que sostienen ciertos círculos o estilos de vida, las figuras de ‘hombre de cultura’ que proyectan estas asociaciones.”⁶⁴

Estos aspectos conforman un prisma apropiado a través del cual observar las sociabilidades del período de entresiglos, un período caracterizado por la multiplicidad de asociaciones culturales, que hacia la segunda década del siglo XX comenzaron a adquirir un carácter más definido en cuanto al grado de institucionalización y especialización disciplinar. David Peña coincidía con sus corresponsales en diversos espacios de sociabilidad cultural, algunos más formales y otros, más laxos, como las mencionadas tertulias en lo de Quesada. Como miembro de la Junta de Historia y Numismática Americana, por ejemplo, alternaba en sus sesiones con Ernesto Quesada, Ramón Cárcano, Carlos Correa Luna, Antonio Dellepiane, Lucas Ayarragaray, Carlos Iburguen, Ricardo Levene, Pastor Obligado, Enrique Peña, Ricardo Rojas, Adolfo Saldías, Mariano de Vedia y Mitre y Estanislao Zeballos, entre otros, figuras cuyas firmas han quedado registradas en su epistolario. Además, mantuvo correspondencia con todos los que se sucedieron en la presidencia de la asociación: Bartolomé Mitre, Enrique Peña, Dellepiane, Cárcano, Correa Luna y Levene.⁶⁵ La correspondencia ayuda a poner en evidencia que la pertenencia a esta institución estaba anudada sobre la existencia y pre-existencia de vínculos interpersonales, una nota que venía casi definida, además, por sus mismos estatutos, que establecían la postulación por parte de tres miembros para la consideración de las incorporaciones. Peña ingresó en 1906, presentado por Samuel Lafone Quevedo y Gabriel Carrasco -rosarino como él-, y en medio de una polémica por el rechazo que había despertado en algunos miembros su libro sobre Quiroga.⁶⁶ Con todo, una vez incorporado, Peña tuvo una participación activa a lo largo de los años y contribuyó con diversas iniciativas al crecimiento de la institución. Propuso, por ejemplo, que la secretaría de la Junta hiciera una memoria anual al finalizar cada año, y ya en 1917 sugirió que se formaran centros de estudios en las provincias, idea que se concretaría más de una década después con la creación de las Juntas Filiales.⁶⁷

A fines del año 1910 Peña anunció en la Junta la próxima aparición de la revista *Atlántida* y puso sus páginas a disposición de sus colegas,⁶⁸ y al fundar el Ateneo Nacional (1913) ofreció su local para que los miembros de la Junta pudieran dar allí conferencias públicas.⁶⁹ A través del Ateneo, David Peña trató de llevar adelante un interesante programa de difusión cultural a través de la organización de conferencias. En su epistolario ha quedado testimonio de las respuestas a las invitaciones cursadas, incluidas algunas disculpas por otros compromisos ya asumidos, como las de Ingenieros en 1914 y 1915, y las de Ricardo Rojas y Ernesto Quesada en 1916.⁷⁰

También fue miembro David Peña de la Academia de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (de la que era profesor), junto a nombres como Juan Agustín García,

⁶⁴ Paula BRUNO, “Introducción. Sociabilidades y vida cultural en Buenos Aires, 1860-1930”, Paula BRUNO (dir.), *Sociabilidades y vida...* cit., p. 14.

⁶⁵ ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, *La Junta de Historia y Numismática Americana y el movimiento historiográfico en la Argentina (1893-1938)*, Buenos Aires, t. I, 1995.

⁶⁶ María Gabriela MICHELETTI, “Facundo Quiroga rehabilitado...” cit.

⁶⁷ *Boletín de la Junta de Historia y Numismática Americana* (en adelante: BJHNA), t. IV, 1927, p. 345; t. VII, 1930, p. 405.

⁶⁸ BJHNA, t. V, 1928, p. 244.

⁶⁹ Para instalar el Ateneo, Peña alquiló una buena casa, en la que se acondicionó una importante sala para conferencias; pero al no poder afrontar los gastos terminó instalando mesas para juego, recurso muy criticado por alguno de sus amigos escritores. Manuel GÁLVEZ, *Recuerdos de la vida literaria...* cit., p. 287.

⁷⁰ AANH, FDP, c. 1, José Ingenieros a David Peña, 16 de septiembre de 1914 y 26 de enero de 1915; Ricardo Rojas a David Peña, 30 de abril de 1916; Ernesto Quesada a David Peña, 12 de abril de 1916.

Joaquín V. González, Rodolfo Rivarola, José Nicolás Matienzo, Ernesto Quesada, Samuel Lafone Quevedo, Luis María Drago, Ramón Cárcano, Manuel Montes de Oca, Calixto Oyuela, Rafael Obligado, Clemente Fregeiro, Ángel Gallardo, Antonio Dellepiane, José María Ramos Mejía, Enrique Peña, Carlos Iburguren y José Ingenieros. Ernesto Quesada fue durante un tiempo el presidente de esta Academia, y en varias cartas a Peña se refirió a las reuniones de los días sábados y, en particular, a la organización de una conferencia que dictó Peña en septiembre de 1917 en la reunión pública mensual, y que versó sobre el tema: "Elogio de Avellaneda".⁷¹

Por ese mismo entonces, Ernesto Quesada también era director de la Academia Argentina de la Lengua, fundada en 1910 bajo el clima del Centenario como correspondiente de la Real Academia Española. Uno de sus iniciadores y primer presidente fue Vicente G. Quesada. No existen demasiadas crónicas sobre la actividad de esta Academia,⁷² y hay quienes la dan por desaparecida al año siguiente de su fundación.⁷³ Sin embargo, en la correspondencia intercambiada entre David Peña y Ernesto Quesada hay alusiones a esta Academia para 1916, en los que Quesada mencionaba expresamente su "calidad de Director", un cargo que asumió luego de la muerte de su padre en 1913.⁷⁴ Además, en las obras de su autoría, al mencionar sus títulos y reconocimientos, Quesada se presentaba como su director, todavía en la década del veinte.

La red de asociaciones era nutrida, y muchos nombres se repetían en ellas, intercambiando roles. Como director del Museo Histórico Nacional, Antonio Dellepiane se carteaba en 1917 con David Peña acerca de una disertación histórica que éste iba a pronunciar en el Museo.⁷⁵

Una mención aparte merecen las comisiones de homenaje, en las que volvían a encontrarse estos representantes de la cultura letrada de entresiglos. Sobre el final del siglo XIX, ya de regreso de Rosario e instalado definitivamente en Buenos Aires, David Peña coincidía con Paul Groussac en la organización de un homenaje al ex presidente Nicolás Avellaneda, quien había sido protector de ambos. La iniciativa parece haber nacido de Groussac, quien ha sido definido como "un estratega intelectual" y como "un articulador del espacio cultural argentino durante el cambio de siglo".⁷⁶ Echada a correr la idea del homenaje, a Groussac se fueron sumando otras personalidades, como Benjamín Paz y Carlos Pellegrini. David Peña adhirió por medio de una carta, en la que se ofreció a colaborar en lo que hiciera falta, y a trasladar las acciones a su provincia. A través de la correspondencia nos enteramos que Groussac y Peña trabajaron activa y mancomunadamente, recolectando firmas de adhesión y redactando escritos.⁷⁷ Estas acciones derivaron en la conformación de una comisión ejecutiva presidida por Benjamín

⁷¹ AANH, FDP, c. 2, Ernesto Quesada a David Peña, Buenos Aires, 10 de julio, y 10 y 31 de agosto de 1917; "Elogio de Avellaneda", Conferencia pronunciada en la Academia de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires por el Académico Dr. David Peña el 1° de septiembre de 1917.

⁷² Pedro Luis BARCIA, "Brevísima historia de la Academia Argentina de Letras". Disponible en: <http://www.aal.edu.ar/?q=node/181>.

⁷³ Daniela Lauria, "Apuntes para una historia de la producción lexicográfica monolingüe en la Argentina: etapas del proceso de diccionarización y modalidades diccionarísticas entre 1870 y 1910", *Boletín de Filología*, t. XLVI, núm. 1, 2011, p. 138.

⁷⁴ AANH, FDP, c. 1, Ernesto Quesada a David Peña, 12 de abril de 1916.

⁷⁵ AANH, FDP, c. 2, Antonio Dellepiane a David Peña, Buenos Aires, 28 de abril de 1917.

⁷⁶ Según Paula Bruno, para posicionarse en el espacio intelectual argentino, el francés recurrió a tres estrategias fundamentales: la dirección de revistas culturales, la participación recurrente y sistemática en polémicas y la definición de una fama basada en la ponderación de cualidades consideradas distintivas. Paula BRUNO, *Paul Groussac, un estratega intelectual*, Buenos Aires, FCE/UdeSA, 2005, pp. 18-19.

⁷⁷ AANH, FDP, c. 1, David Peña a Paul Groussac, 4 de diciembre de 1899; Paul Groussac a David Peña, 21 y 30 de diciembre de 1899; Paul Groussac a D. Peña, s/f; Paul Groussac a David Peña, 12 de diciembre, s/a.

Paz y que tuvo por secretarios a Groussac y a Peña, y se plasmaron en 1905 en la publicación del libro *Avellaneda XX aniversario de su muerte: homenaje a su memoria del Círculo Nicolás Avellaneda*.

De destacar, también, fue la labor que desarrolló David Peña como secretario de la Comisión Nacional del Centenario, a partir de su nombramiento en 1909; avanzados los trabajos, fue presentada la *Memoria*, en la que se dio cuenta de las actividades y gastos realizados o en ejecución.⁷⁸ A honrar y reivindicar la memoria de Alberdi, a través de escritos y conmemoraciones públicas, David Peña se dedicó a lo largo de toda su vida, tal como ha quedado ampliamente documentado en su archivo personal y correspondencia.⁷⁹ Las cartas también dan a conocer aspectos de su participación en la Comisión Nacional de Homenaje a Urquiza, presidida hacia 1920 por Ernesto Quesada; entre ellos, su rechazo a pronunciar una conferencia en el teatro del Paraná, por encontrarse muy recargado el trabajo en su estudio de abogado.⁸⁰ Ya hacia el final de su vida, presidió Peña una comisión de homenaje a Nicolás Granada, que incluyó la colocación de una placa en la tumba del dramaturgo.⁸¹

Los intercambios epistolares suscitados en torno a estas conmemoraciones, visualizan algunos de los mecanismos que se ponían en juego para dar inicio a las características comisiones de homenaje organizadas por la sociabilidad de entresiglos. Entre ellos, la concertación de hombres de autoridad intelectual con otros provenientes del sector político, la necesidad de reunir y difundir a través de la prensa las adhesiones de hombres espectables que ayudaran a otorgar peso y estado público a la iniciativa, y los relativos escasos recursos con los que estas comisiones contaban, que eran suplidos por el esfuerzo y dedicación de sus integrantes. Vínculos de amistad o gratitud para con los homenajeados parecían constituir, en muchas ocasiones, un ingrediente significativo para este tipo de empresas.

Finalmente, las dedicatorias constituyen una manera indirecta de introducirse en los espacios de la sociabilidad, que se prolongan a través de la correspondencia. En este caso, resulta interesante remarcar que David Peña dedicó algunas de sus obras a mujeres conocidas de la sociedad, con las que a la vez mantuvo contacto personal y epistolar. Su drama histórico *Dorrego* (1909), por ejemplo, estuvo dedicado a Felicia Dorrego del Solar -nieta del prócer-, a quien como contrapartida solicitó favores por sus vinculaciones con la Sociedad de Beneficencia.⁸² *El embrujo de Sevilla* (1926) lo dedicó a María Laura Holmberg de Correa Luna, hija del naturalista Eduardo Holmberg y esposa de Carlos Correa Luna, con cuya familia Peña mantenía una relación de íntima amistad.⁸³ Y el *Juan Facundo Quiroga* estuvo dedicado a quien fuera su primer maestro de Historia en Rosario, Pedro Nolasco Arias, en homenaje a su lección de vida.

Consideraciones finales

Este trabajo permite realizar algunas constataciones empíricas que ayudan a reafirmar la utilidad de los archivos epistolares para los estudios de carácter historiográfico. Al

⁷⁸ *Memoria de la Comisión del Centenario al Poder Ejecutivo Nacional, 1910*, Buenos Aires, Coni, 1910.

⁷⁹ María Sol RUBIO GARCÍA y Jorge NUÑEZ, “David Peña, amigo y defensor de Alberdi”, *Todo es Historia*, núm. 580, noviembre de 2015.

⁸⁰ AANH, FDP, c. 2, Ernesto Quesada a David Peña, Buenos Aires, 16 de septiembre de 1920; David Peña a Ernesto Quesada, Buenos Aires, 17 de septiembre de 1920.

⁸¹ AANH, FDP, c. 3, Manuel Carlés a David Peña, 21 de septiembre de 1928.

⁸² AANH, FDP, c. 2, Felicia Dorrego del Solar a David Peña, 25 de marzo de 1920.

⁸³ AANH, FDP, c. 3, Carlos Correa Luna a David Peña, 15 de julio de 1926.

cruzar información variada y dispersa sobre la producción y actividades de David Peña y de sus corresponsales, con los datos y reflexiones contenidos en sus cartas, ha sido posible engrosar el corpus de conocimiento existente acerca de diversos emprendimientos historiográficos y culturales, así como sobre la trama de las sociabilidades entretajadas por escritores e intelectuales argentinos de entresiglos, en base a comentarios de carácter privado, en buena medida espontáneos y, en ocasiones, reservados. Obras que quedaron truncas, amistades que se prolongaban en proyectos editoriales y en asociaciones culturales, coincidencias ideológicas e interpretaciones afines o en disputa acerca del pasado, van quedando al descubierto a través de las cartas, complementando y enriqueciendo al enfoque historiográfico tradicional que se centraba en el análisis de la obra, al echar mano de una fuente documental que coloca al “yo” del autor en primera persona.

Las cartas brindan así un ángulo diferente desde donde entrar a considerar los posicionamientos de los autores sobre temas controvertidos, como ser los debates en torno al federalismo y al caudillismo o la figura de Alberdi y la guerra del Paraguay. Descubren los contactos sostenidos de manera privada por los autores, sus confidencias mutuas, y permiten apreciar que las representaciones del pasado difundidas públicamente por los autores se prolongaban en su correspondencia, si bien de manera fragmentada, a través de un registro historiográfico distinto, ya que en su intercambio epistolar los letrados daban por sentadas posturas y opiniones, que sólo explicitaban por medio de breves párrafos cargados de sentido y complicidad. A la vez, las cartas ayudan a precisar cuáles eran los principales temas y motivos que daban origen al contacto epistolar entre los letrados, y el modo en que muchas veces se iniciaban o impulsaban emprendimientos editoriales y asociativos, lo que abona al conocimiento sobre las prácticas historiográficas de la época, así como a la reconstrucción de las modalidades que iba adquiriendo la sociabilidad cultural argentina a principios del siglo XX.